

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TELON DE FONDO

MUCHOS hombres de la ciudad se encuentran de nuevo con la mar en los confines de la primavera con el verano. Es un descubrimiento anual que conmueve la personalidad y estreche con su contacto las entrañas íntimas del ser. Bajar de la meseta a la orilla atlántica o mediterránea para acampar en ella, siquiera breves horas, es modificar el talante vital, no sé si en el orden fisiológico pero desde luego en el psíquico. ¿Habéis notado la curiosa sensación que produce llegar a la playa y entrar en la mar, el día del primer baño veraniego? Diríase que el abordar la infinita llanura azul a su nivel propio, el hombre recibe una abrumadora lección de humildad, al sentirse aniquilado y sobrecogido por el espacio inacabable de las aguas. La mar nos espera como un ámbito antiquísimo en el que se gestó durante millones de años el sueño de la evolución de la vida de las especies. El agua de mar es el suero fisiológico del mundo y la marea la sistole y la diástole del corazón del planeta. Cuando gustamos el lamido de la ola, hallamos en ella un sabor tan homólogo y cercano como el de la sangre propia al restañar con nuestra lengua un rasguño del dedo o tragar un lágrima que resbala por la mejilla.

La mar es un elemento de la naturaleza que condiciona el ambiente circundante limitrofe, con más fuerza, creo yo, que la alta montaña, el bosque, la meseta desnuda o la cuenca del río. Su enormidad, la gigante dimensión de la masa líquida que forma el todo continuo de los océanos, pesa de modo visible en el contorno de sus bordes terrestres. Cuando uno entra corporalmente en la mar se siente en cierta manera, físicamente solidario, con un medio fluente y cambiante que llega hasta los océanos árticos, hasta los tórridos y ecuatoriales atlánticos y pacíficos, hasta las playas de los antipodas y los cuasi lagos, supercivilizados, bálticos y mediterráneos. Se nota bien, una vez dentro del agua, que la mar es intrínsecamente enemiga de fronteras y soberanías, que es por su propia esencia, libérrima y cambiante. ¿Quién pone puertas al campo? Acaso haya muchos que lo intentaran desde siglos atrás. Pero, ¿quién pondría puertas y ventanas y jurisdicciones a esa cosa inaprehensible, viva, rugiente, perenne, y en perpetua mutación que se llama la mar? «Ancha es la mar que hace a los hombres libres», tal era la divisa euskara de un navegante de mi tierra que luchó en la Armada real y convoyaba galeones de América. La noción de libertad ha ido, en la historia, muchas veces unida a la de la navegación. Pero la «libertad de los mares» fue, como tantas veces ocurre con las locuciones míticas, una manera de poner apellidos sonoros a la dominación de las escuadras más fuertes sobre las naves de los demás.

¿Cómo suena la mar? Yo hago siempre al llegar al borde de la mar veraniega la prueba de escuchar en silencio abstraído el rumor del océano cuando el mar es abierto. Tumbado sobre la arena, cierro los ojos y registro el sonido. Es como un sordo trueno inacabable que se repite a diapasones parecidos y sobre el que planean los acentos más dinámicos y elevados de las olas que rompen en la costa. Son arpeggios parecidos

pero diferentes; concordantes pero diversos; uno puede oírlos sin cansancio y hasta establecer seguramente, un pentagrama de estrofas de la mar. Quizás tienen un secreto poder de hechizo y de encantamiento. Acaso así, se dormían los capitanes que más tarde inventaban encuentros con sirenas irresistibles. No lo sé. Puede que la oceanografía del tedio orsiana brotara también de un trance ensimismador parecido. En cualquier caso a mí me recordaba ese fresco rumor de las mareas que se rompen, aquellos mares bíblicos de los que se nos dice en el Génesis que el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

¿Qué novedad sensacional la que trajo consigo el primer navegador! El medio hostil se volvía camino. La barrera misteriosa, sendero de esperanza. José María Massó, el gran industrial y conocedor profundo del arte de navegar, me hablaba recientemente de cómo los primitivos esquifes o navíos de la civilización céltica eran probablemente de cuero con armazones primarios antes de inventarse el barco de madera. Viendo a los adolescentes de nuestros días practicar el «surf» que viene probablemente como el «boomerang» y otras cosas, de las civilizaciones primitivas polinésicas, me parecía contemplar ensayos antiquísimos, casi prehistóricos, de dominar la mar, de caminar sobre las olas. También debo decir que el «surf» tiene otras sugestivas comparaciones posibles. El que lo practica, echado de bruces sobre el patín de plástico con su aleta de tiburón sirviendo de timonel submarino, nada un rato a contracorriente para ir al encuentro de las rompientes. Llega la ola. Cambia de rumbo para acordarse a su velocidad. Con las dos manos se aferra a la cresta de la rompiente para no perderla. Hace para su interior —pienso yo— el fervido elogio de la ola aquella, que lo lleva en volandas. Un par de pasos sobre la tabla y ¡ya está! Se yergue sobre la minúscula plancha que marcha vertiginosa entre espumas. En pie, tiene ahora que mantener equilibrio y velocidad. Las manos, la derecha y la izquierda, sirven de contrapesos sutiles al tablon que se desliza. Levanta una mano, la extiende: baja la otra, cerrando el puño en un instintivo gesto para corregir el desvío de su «ski». El recorrido es breve, atrevido, dinámico, a veces hilarante. A unos antes, a otros más tarde, los recoge la mar en su final chapuzón, mientras las olas siguen fluyendo acompañadas, empujadas por el viento de la historia.

La mar es un gran telón de fondo de la naturaleza terrestre. Donde yo celebro mis encuentros habituales con el Cantábrico, gusto de comprobar la severa continencia con la que el océano limita las especies arbóreas y las reduce a dos o tres predilectas que resisten y conviven fecundamente con el aire del mar. Yo vivo rodeado de higuera y cañaverales, de madroños y, al fondo, de pinares. Hay algún tamarindo aislado y una antiquísima encina a la que llaman los aldeanos «Arteazarra» o también «El Mayorazgo» porque sus añosas ramas, talladas como un cope de hojarasca renovada que se levanta

hacia el cielo, han sido testigos durante los dos o tres siglos de su vida vegetal de cuantas efemérides han tenido por escenario, estos barrancos y acantilados y también las playas, antes salvajes y hoy desbordantes de ruidosas masas juveniles veraniegas.

La higuera frondosa se acomoda bien con la cercanía de la mar. Sus hojas de cinco lóbulos, símbolo heráldico de un ilustre linaje, inician la toponimia del Pirineo en el Atlántico con el cabo de Higuer y acaban en Figueras, junto al Mediterráneo. La higuera se adapta al viento Noroeste extendiéndose horizontal hacia el suelo abrigando el succulento fruto que no madura aquí hasta el otoño. Cuando leo el pasaje evangélico de la maldición de Cristo contra la higuera estéril pienso que en la resaca tierra palestina, el higo recién cortado del árbol debía ser sabroso remedio contra la fatiga del caminante. Mis higuera no son horras sino grávidas y mi maldición se dirige a los miles de gorriones y de «chimbos» —como se denominan en el lenguaje popular vizcaino— que arrasan el fruto cuando el viento largo del Sur, en septiembre —el Egoi de nuestros aldeanos— convierte en almiar su carne granulosa mientras perfila con la minuciosidad de un Holbein, los vericuetos del paisaje.

El cañaveral es aquí, originario, y aguanta galernas, temporales, lluvias y tal cual oleaje equinoccial que alcanza en ocasiones su raíz. La caña es un símbolo celebrado de flexibilidad y adecuación. Vive de curvarse y hacer reverencia al viento. Parece que a fuerza de rendirse va a caer al suelo y morir en un último intento de servil adulación. Pero no ocurre así y el cañaveral, sonoro y gárrulo como lo llamó el poeta, se mantiene unido, inclinado, en perpetua sumisión ante el aire pero también demostrándole que tanta humildad, lleva dentro una caña erguida. Un trozo de madera hueca y rígida a la que alguien comparó con el hombre, al llamarla caña pensante.

El madroño es el arbusto lustroso y de foliación persistente que brota espontáneo sobre el acantilado cantábrico. No sé cuántos habría en el Madrid que lo incorporó a su heráldica municipal, pero aquí, el estallido de sus rojos frutos que al parecer tentaban al oso, es como una puesta de sol estival que quiere despedirse hasta el ciclo próximo, dejando en las húmedas laderas de la costa el recuerdo coloreado de la luz del verano que tan parca resulta en este rincón del Cantábrico.

La noche clara de junio trae un nuevo sonido de cascada, a la mar, mientras las olas se retiran hacia dentro. El viento terrenal viene empapado del aroma de los pinares pero al llegar a la playa desnuda y solitaria, se funde con el aire salino que sube desde las aguas como una niebla de incienso, de sabor picante, y misterioso.

José María de AREILZA

MAS DE OCHOCIENTAS PAGINAS

POCAS familias, desde que el mundo es mundo, han hecho correr tanta tinta como la de mis paisanos Borgia. Puede que ninguna. Ni siquiera la de los Bonaparte, y ya es decir. Y tampoco nadie como aquella tribu valenciana ha sido objeto de tan extravagantes manipulaciones literarias. Se lo habían merecido, por supuesto. Los Borja no fueron precisamente unos angelitos. Quienes han pretendido «reivindicarlos» —clérigos o seculares, don Vicente Blasco Ibáñez incluido— perdieron el tiempo cuando trataron de desvirtuar las anécdotas criminosas. Como no vale el argumento más o menos exculpatorio de que, en la Iglesia de la época, todos calzaban los mismos puntos en materia de venenos, simonías, puñaladas o incestos. Por muy hiperbólica que sea la leyenda hostil, «negra», que se les ha endosado, los Borgia la tenían justificada. Cuando el río suena, agua lleva: en este caso, torrencial. O, si se quiere: «on ne prête qu'aux riches». Para si hubieran querido una posteridad paradisaica, gloriosa al fin y al cabo, las demás dinastías del momento: Medici o Sforza, Orsini o Gonzaga, Farnesio o... De Guillaume Apollinaire a Oscar Panizza, de Víctor Hugo a Klambund, del Bandello a Leibniz, el repertorio de dramas, panfletos, poemas, novelas, es inmenso, sin contar con las monografías de variada circunspección erudita. Y una ópera, echando por bajo, y bastantes películas de cine. Lo cual no es cosa que esté al alcance de todos los bolsillos.

No ha de sorprendernos que don Manuel Fernández y González se apuntase al tema. Ahora voy metido en la lectura de su «Lucrecia Borgia». He terminado la primera parte del rollo: más de ochocientas páginas. Me esperan casi otras tantas. La edición de que me valgo es de 1872: hubo otra antes, quizás en «entregas», no lo sé. Los Borja consiguieron despertar un gran interés entre los románticos: ya citó a Hugo, y podría añadir a Stendhal, a Alejandro Dumas, para no salir de Francia. ¿Le venía de ahí la sugestión al señor Fernández y González? En todo caso, se aprovechaba de un clima propicio. Tengo a la vista el librito bilingüe de «Lucrecia Borgia», melodrama en tres actos, música del maestro Donizetti, para interpretarse en el Gran Teatro del Liceo Filarmónico-Dramático Barcelonés, publicado en 1873. Ignoro si entonces fue la «première» celtibérica de los gorgoritos en cuestión, pero coincidían con su anuncio o con su éxito. Don Manuel no se chupaba el dedo. Era un jornalero de la pluma, rectifico, un industrial de la pluma, y tenía buen olfato para en-

contrar lo que su clientela esperaba. A medida que las multitudes subalternas aprendían a leer, una oportunidad de ganancia consistía en escribir para ellas. El «folletín» cubría el mercado: por entregas, «en fascículos», diríamos hoy. Los sociólogos-historiadores de la literatura discuten qué clase de público era, o de qué clase, el comprador...

No importa, ahora, este asunto, bastante difícil de aclarar. Tal vez sería abusivo creer que el consumidor básico era el «pueblo» —en el sentido de «estamento inferior»—, a juzgar por el precio de los papeles a que me refiero. Joaquín Marco se ha ocupado meticulosamente del problema. Más tarde, si: recuerdo, en mi infancia, los opúsculos de «Gorriones sin nido», que eran recibidos y leídos religiosamente cada semana, en casa de mis abuelos paternos, en uno de los barrios más míseros y analfabetos de Sueca. Probablemente, los folletines ochocentistas tuvieron más oyentes que lectores, a estilo medieval, porque en las zonas de población sin dinero y sin letras no ejemplar adquirido con céntimos colectivos lograba más proyección que otro ingrado en un domicilio mesocrático, donde la lectura era individual. Sea como fuere, no cabe duda de que el público de los folletines, desde Ayguals de Izco para acá, procede de las «clases medias». Y de las mismas procedía el de las amables «verdes» de Felipe Trigo, Joaquín Belda, Zamacois, El Caballero Audaz y Pedro Mata. Y el de «La Novela Rosa», con otro genio coterráneo mío —también lo es Ayguals, y lo es Pérez Escrich, y Luis de Val—, don Rafael Pérez y Pérez, de Quatretondeta, y con doña Concha Linares Becerra, doña María de las Mercedes Ortoll, doña Carmen de Icaza... «La Novela Ideal» ya era otra cosa: Federico Urales, la Montseny, la Graupera...

Un día, para que la «historia» quede relativamente comprensible —la «historia de España»—, convendrá tener muy en cuenta, junto a los episodios de algarada, de comicios o de guerra, y con todo lo que sea de rigor en los trámites de hondura, de ciclos económicos, natalidades y mortalidades, sequías, distribución de la propiedad y etcétera, tener muy en cuenta, repito, lo que leía la gente. Y la gente —que nadie se llame a engaño— leyó «María, la hija de un jornalero» o «El Tigre del Maestrazgo», y «Un cura de aldea», y «Un grito en la noche», y «Duquesa Inés», y «Cristina Guzmán, profesora de idiomas». La influencia de Unamuno, Boroja, Azorín, de Ortega o Pérez de Ayala, de Benjamín

Jarnés, del hipotéticamente «social» Sender, se limitó a la delgadísima lámina superior de la clase media: aparentemente, la decisiva, ya que daba alcaldes, diputados a cortes y notarios, y, desde luego, periodistas. De los novelos infraliterarios se puede extraer un abanico ideológico, de izquierda moderada a derecha moderada, que explica o ayuda a explicar muchos puntos inexplicables. La capciosa demagogia de «María, la hija de un jornalero», anticlerical y a la vez campandamente piadosa, es todo un ejemplo a meditar. Fernández y González, enfrentado con la figura de Savonarola, pide un «comentario de texto» delicado y suspicaz. Liberalote de café con leche, don Manuel admiraba y temía al dominico de Florencia: le gustaban los rebeldes, «ma non troppo».

Más le espantaban los Borgia, desde luego. «Lucrecia Borgia» es uno de los partos más grotescos y espeluznantes de la fantasía de Fernández y González. Ruego que se me tome la afirmación con las debidas reservas. No conozco a fondo la obra de este pródigo y prodigioso folletínista. Léí, de adolescente, «El pastelero de Madrigal» y un par de trucos más, que ya olvidé, gracias a Dios. Pero, ahora, con el mamotreto en las manos, pienso que sería difícil superar una tal amalgama de anacronismos, inverosimilitudes y bobadas. Uno es vicioso de la bibliografía borgiana, y sigue el relato con las prevenciones propias de su bagaje informativo. Descarto la habilidad de don Manuel para montar «suspenses» y dejar intrigado a su necesariamente infatigable lector. Se las pintaba solo, él. Lo curioso, sin embargo, es que, comparando la «realidad» —en la medida en que los documentos la puntualizan— y la «ficción», el saldo es a favor de la ficción. Nunca fueron los Borgia más «Borgia» que en la escritura de Fernández y González. Si la malvada Lucrecia, el perverso César, el temible Alejandro, y sus cómplices, paniaguados y adláteres, hubiesen tenido a don Manuel como asesor, otro gallo les habría cantado. Las trapisondas que imaginó el novelista son de un retorcimiento, de un cálculo, de una astucia tan abracadabrantes, que dejan estupefacto a cualquiera. Maquiavelo, puesto a proyectar maquinaciones, nunca hubiese llegado a tanto.

«Memorias de Satanás» subtítulo don Manuel su novelón. ¡Pobres Borja! ¡No era para tanto! Bien mirado, Alejandro VI fue un Papa bondadoso, inflexible en doctrina, partidario de las devociones más efusivas. Tuvo sus debilidades,

como cualquier hijo de vecino, y quien esté limpio de pecado lanzará la primera piedra: hasta hoy, las piedras que recibió el Pontífice de Xátiva emanan de la más divertida de las hipocresías. ¿César? César Borgia era un condottiero admirable: ambicioso, traidor, vivaz, inteligente, como cualquier estrategia de primera fila. No consta que cometiese sacrilegios notorios, y hasta renunció al capelo cardenalicio para ejercer la bandolería libremente, sin que el emblema se ensuciase. Lucrecia... Lucrecia, la envenenadora, la «vamp» del Renacimiento, no se parecía a Marlene Dietrich. Yo no lo juraría, aunque sí don Pío Baroja. Don Pío la describió como una señorita gordexuela y rubiales, medio valenciana y medio italiana —lo era—, voraz, por tanto, ante un plato de arroz o de espaguetis. Demasiado barojiano es el retrato —demasiado a lo Fernández y González, dicho sea con perdón—, pero vale. Era lista, la Lucrecia, y durante unos meses desempeñó la Secretaría de Estado sin que nadie tenga nada que reprocharle. Y acabó sus días fundando conventos, y posiblemente murió en paz y gracia de Dios, rodeada de hijos y nietos.

¿Y el veneno? Nunca te acostarás sin saber una cosa más. Don Manuel Fernández y González nos da la receta de la pócima mitológica. El «veneno de los Borgia» forma parte de la guardarrópia retórica occidental y cristiana, como la «espada de Damocles», el «principio de Arquímedes», el «nudo gordiano», la «música de las esferas», Fausto, don Juan Tenorio o Romeo y Julieta. Según el señor Fernández, la fórmula es esta: cácese vivo un jabalí; desele luego a comer un pienso con mucho arsénico; cuando la bestia agonice —que será pronto—, recójase la baba que mane de su boca, que será un líquido espeso, oleaginoso; esta viscosidad se puede emplear tal cual, como unto, y quien lo absorba —un beso, un lametazo— podrá considerarse difunto; mediante operaciones suplementarias, el producto podría reducirse a polvo, y mezclarse con malvasía, o con un clarete local, o con la más casta de las aguas, y ser las consecuencias igualmente letales... En última instancia, el «veneno de los Borgia» no figura en los anales penitenciarios de la España del XIX, tan rural y tan llena de jabalíes. Don José Ortega los señalaba en las Constituyentes del 31... No era eso lo que «aprendían» los lectores de «Lucrecia Borgia»...

Joan FUSTER

COLEGIO MONTSERRAT

Misioneras Nazaret

Bachillerato y E.G.B. Femenino. — Preescolar mixto. Internado. Media pensión. Externado. — Servicio autocares Avda. Vallvidrera, 68, Barna. -17 (junto a pie fuñicular). Tel. 203-88-00 y 203-88-04. Plazas limitadas.

¡REHUYA LA SOLEDAD! Numerosos AMIGOS Y AMIGAS

le esperan para correspondencia, encuentros, relaciones agradables, salidas o fin prematrimonial, etc. Pida folleto que usted recibirá sin indicación exterior. Envíe 6 sellos de 2 pts. RELACIONES CLUB. Apartado Correos 460. SABADELL.

ESCUELA OFICIAL DE IDIOMAS

La Dirección invita a todos los profesores titulados de idiomas alemán, francés, inglés y ruso que reúnan las condiciones reseñadas en el Boletín Oficial del Estado de 1 de Julio de 1972 y que se hallen en principio interesados en ocupar las vacantes que se prevén, se pongan en contacto hasta el día 27 de Junio con la Sra. Carmen. Teléfono 242-54-04, de 6,30 a 9 noche.